

de caballería en los encharcados arenales que forman su orilla, y la sostuvo inflexible; pero disipándose en breve la espesa niebla que cubría la llanura, divisó delante de Salzburgo al ejército austriaco entero en una formidable línea de caballería, artillería é infantería. A vista de aquel peligro se condujo con serenidad y entereza, pero sufrió alguna pérdida.

Por fortuna, la división de Decaén atravesaba en aquel momento el Salza hacia Laufen de una manera casi milagrosa. El día anterior la vanguardia de esta división, hallando cortado el puente de Laufen, había recorrido las orillas del Salza cubiertas por todas partes de tiradores enemigos, y procurando encontrar un punto á propósito para verificar su paso. Divisó en la orilla opuesta una barca, á cuya vista, arrojándose á nado tres cazadores de la 14.^a, llegaron á dicha orilla á pesar de un frío intensísimo y de una corriente más rápida aún que la del Inn. Después de haber peleado cuerpo á cuerpo con muchos tiradores austriacos, lograron apoderarse de la barca, y sirviéndose de ella algunos centenares de franceses para ir pasando sucesivamente á la orilla opuesta, se apoderaron de un pueblo muy cercano al puente cortado de Laufen, y se apapetaron de tal suerte que bastaba un pequeño número para defenderle. Cayeron los demás sobre la caballería austriaca, quitándose al enemigo; se apoderaron de todas las barcas en la orilla del Salza, y con esto proporcionaron el modo de pasar á la división que quedaba en la orilla izquierda. Al siguiente día 14 de madrugada había pasado ya toda la división de Decaén, y subiendo hasta Salzburgo, llegó allí en el momento mismo en que Lecourbe se encontraba solo, empeñado contra todo el ejército austriaco. Era imposible llegar más á tiempo; el archiduque, advertido del paso de los franceses y de su marcha sobre Salzburgo se apresuró á levantar el campo, y Lecourbe se vió libre del grave peligro á que le habían expuesto la casualidad y su arrojo.

Quedaban, pues, destruídas todas las barreras del Inn y del Salza. Ya ningún obstáculo amparaba al ejército austriaco ni podía darle más fuerzas para resistir al ejército francés. Quedaban, es cierto, veinticuatro mil hombres en el Tirol que habrían podido molestarnos por la espalda; pero las tentativas atrevidas no deben temerse cuando se ha alcanzado una victoria y cuando el desaliento se apodera del enemigo. Moreau, después de haber dejado rezagado el cuerpo de Sainte-Suzanne para que circunvalase á Braunau y ocupase el espacio comprendido entre el Inn y el Isar, alentado por las ventajas que á cada paso conseguía, tomó la vuelta del Traun y del Ens que no eran ya bastantes á contenerle. Iba de vanguardia Richepanse sostenido por Grouchy y Decaén; los austriacos iban de retirada desordenadamente, dejándose atrás hombres, carruajes y cañones de que á cada paso se apoderaban nuestros soldados. Dió Richepanse brillantes combates en Frankenmarkt, Voeklabruk y Schwanstadt; y como estaba sin cesar sobre la caballería austriaca, le llegó á tomar hasta mil doscientos caballos una vez. El 20 de diciembre (29 frimario) habíamos pasado el Traun, y marchábamos sobre Stéyer para atravesar el Ens.

El joven archiduque Juan, desalentado y molido con tantos desastres, fué reemplazado por el archiduque

Carlos, que recuperaba el favor perdido, para encargarse de una empresa ya imposible, cual era la de salvar al ejército austriaco. Llegó al campo el nuevo general en jefe, y vió con dolor el espectáculo que ofrecían aquellos soldados del imperio que, después de haber resistido noblemente á los franceses, pedían por fin que cesaran de sacrificarlos á una política funesta y universalmente reprobada. Envió al punto á Mr. de Meerfeld á Moreau para proponerle un armisticio, aceptó Moreau la tregua, pero sólo por cuarenta y ocho horas, y con la condición de que en este tiempo había de volver de Viena aquel oficial con el poder competente del emperador; y estipuló no obstante que en dicho intervalo había de poder adelantarse hasta el Ens el ejército francés.

Pasó este río el día 21 en Stéyer; sus avanzadas aparecieron sobre el Ips y el Erlaf. Estábamos ya por decirlo así á las puertas de Viena, y podía Moreau haber cedido á la tentación de entrar en ella y de llevarse la gloria, que no había logrado aún ningún general francés, de penetrar en la capital del imperio; pero repugnaba al alma poco ambiciosa de Moreau perseguir hasta el último extremo á la fortuna. El archiduque Carlos le empeñaba su palabra de que no se suspenderían las hostilidades sino para tratar inmediatamente de la paz con las condiciones que constantemente había exigido la Francia, y especialmente la de una negociación por separado, y Moreau, que tenía en justa estimación á aquel noble príncipe, se manifestó dispuesto á creer en su palabra.

Hostigábanle muchos de sus lugartenientes á que conquistase á Viena. «Vale más, les respondió Moreau, conquistar la paz... No tengo noticias de Macdonald ni Brune; no sé si habrá conseguido el uno penetrar en el Tirol y si ha logrado el otro pasar el Mincio. Augereau está muy distante de aquí y harlo comprometido; y quizás tratando de humillar á los austriacos, sólo conseguiría yo obligarlos á tomar una resolución desesperada. Mejor es que nos detengamos y nos contentemos con la paz, pues que por ella sólo peleamos.»

Eran estos sentimientos tan prudentes como laudables. El 25 de diciembre (4 nivoso del año IX) consintió Moreau en firmar en Stéyer una nueva tregua con las condiciones siguientes: cesarían las hostilidades en Alemania entre los ejércitos austriacos y los franceses mandados por Moreau y Augereau; los generales Brune y Macdonald serían invitados á firmar un armisticio semejante para los ejércitos de la tierra de los Grisones y de Italia; se entregarían á los franceses el valle entero del Danubio, comprendido el Tirol, y además las plazas de Braunau, Wutzburgo y los fuertes de Scharnitz y de Kufstein, etc.; los almacenes austriacos quedarían también á su disposición; por último, no podía enviarse á Italia ningún destacamento de tropas si llegara á suceder que los generales que maniobraban en aquel territorio no se conviniere en una tregua. Esta disposición era común á ambos ejércitos.

Contentóse Moreau con estas condiciones, contando acertadamente con la paz y prefiriéndola á triunfos más ruidosos, pero también más expuestos á enojosos azares. Rodeaba su nombre la más envidiable gloria, porque su campaña de invierno había sobrepujado á la de la primavera. Después de haber pasado el Rhin en

aquella primera campaña y de haber acorralado á los austriacos en el Danubio mientras atravesaba los Alpes el primer cónsul, después de haberlos desalojado de su campamento de Ulm con la batalla de Hochstett y de haberlos repelido sobre el Inn, había tomado nuevos alientos en la buena estación, y volviendo á emprender su marcha en invierno en lo más riguroso del frío, los había destrozado en Hohenlinden y repelido luego desde el Inn hasta el Salza y desde el Salza hasta el Traun y el Ens, llevándolos arrollados desordenadamente hasta las mismas puertas de Viena. Concediales, por fin, deteniéndose á pocas leguas de la capital, tiempo suficiente para firmar la paz. Hubo sin duda en su conducta irresoluciones, lentitudes y aún yerros que algunos jueces severos han censurado después con acrimonia, como para vengar en la memoria de Moreau las injusticias cometidas contra la de Napoleón; pero no por eso dejó de haber triunfos sostenidos y justificados por una conducta llena de tesón y cordura. Es preciso respetar las glorias de todos, y no destruir la de uno por vengar la de otro. Moreau supo comandar á cien mil hombres con vigor y prudencia; nadie, excepto Napoleón, supo hacerlo también en aquel siglo; y el puesto del vencedor de Hohenlinden, si está á inmensa distancia del que cupo en suerte al vencedor de Rívoli, de Marengo y de Austerlitz, fué, sin embargo, un puesto muy glorioso, y hubiera seguido siéndolo si extravió criminales, engendro funesto de la envidia, no hubiesen mancillado después una reputación hasta entonces noble y pura (1).

Llegaba muy á tiempo el armisticio de Alemania para sacar de su apurada situación al ejército galo-bátavo mandado por Augereau. El general austriaco Kleinau, que había permanecido siempre á gran distancia del archiduque Juan, se había reunido de pronto con Simbschen, y aquel aumento de fuerzas había puesto en peligro al general francés. Pero éste había defendido valerosamente el Rednitz, consiguiendo sostenerse hasta la suspensión de las hostilidades. La retirada de los austriacos en Bolonia le sacaba de embarazo, y el armisticio le amparaba contra los peligros que ofrecía una posición falta de apoyo desde que Moreau se encontraba á las puertas de Viena.

Mientras esto sucedía en Alemania, continuaban las hostilidades en los Alpes y en Italia. Viendo el primer cónsul desde el principio de la campaña que Moreau no tenía necesidad del ejército de los Grisones, había mandado á Macdonald que atravesase el Splügen, cayendo sobre la Valtelina por encima de la gran cordillera de los Alpes, y desde la Valtelina sobre el Tirol italiano, encaminándose luego á Trento, salvando de esta manera la línea del Mincio para desconcertar con esta maniobra toda la resistencia de los austriacos en

(1) El armisticio de Stéyer fué el verdadero tratado de paz que el congreso de Luneville no hizo más que ratificar y redactar después. En Stéyer fué donde realmente quedó estipulada la separación tan deseada del Austria y de la Gran Bretaña y rota la liga de estas dos potencias. Desde este punto de vista la batalla de Hohenlinden es aún más importante que la misma batalla de Marengo. Casi todas las cláusulas contenidas luego en el tratado de Luneville estaban estipuladas en el armisticio de Stéyer; de modo que los plenipotenciarios de Cobenzel y Bonaparte no hicieron más que ratificar los artículos en que habían convenido Moreau y el archiduque Carlos. (N. del T.)

las llanuras de Italia. Ni la elevación del Splügen, ni el rigor de la estación eran motivos bastantes á hacerle cambiar de intento, y respondió constantemente á los que tales objeciones le hacían, que un ejército podía pasar por cualquiera parte donde pudieran fijar el pie dos hombres, y que más fácil era atravesar los Alpes durante las heladas, que en la época del derretimiento de las nieves, con el cual había él mismo atravesado el San Bernardo. Reflexión propia de una mente resuelta y absoluta que se propone conseguir su objeto á toda costa. Pero después demostraron los sucesos que el invierno en las montañas ofrecía peligros iguales por lo menos á los de la primavera, condenando además á sus soldados á los más crueles sufrimientos.

El general Macdonald se dispuso á obedecerle, é hizo con toda la energía propia de su carácter. Dejando la división de Morlot en la tierra de los Grisones para guardar los desembocaderos que la ponen en comunicación con el valle superior del Inn, denominado la Engadina, se aproximó al Splügen. Hacía algún tiempo que la división de Baraguay-d'Hilliers ocupaba la Valtelina superior con amago á la Engadina por el lado de Italia, mientras Morlot la amenazaba desde la tierra de los Grisones. Comenzó Macdonald su movimiento con el grueso de su ejército de doce mil hombres poco más ó menos y ascendió á las primeras alturas del Splügen. El paso de esta elevada montaña, estrecho y torcido durante una subida de muchas leguas, presentaba los mayores peligros, sobre todo en la estación en que frecuentes tormentas interceptaban el camino con enormes aludes de nieves y hielos: iba la artillería y las municiones en carros y trineos y los soldados cargados de galleta y cartuchos. La primera columna, compuesta de caballería y artillería, emprendió el paso con un tiempo delicioso, pero la sobrecogió de repente una terrible tempestad. Un alud precipitó á medio escuadrón de dragones, y llenó de terror á las tropas; sin embargo, no cundió el desaliento, y habiendo cesado la tormenta tres días después, se intentó de nuevo atravesar aquel espantoso monte cuyos senderos había borrado la nieve de todo punto. Iban delante varios bueyes que abrían paso por la nevada, hundiéndose hasta los pechos; apisonábanla después una multitud de trabajadores; la infantería en su marcha la daba mayor solidez, y finalmente, los zapadores ensanchaban los pasos más estrechos rompiendo el hielo á hachazos. Sólo después de tan ímproba faena lograba hacerse el camino accesible á la caballería y artillería. Así pasaron los primeros días de diciembre, mientras iban desfilando las tres primeras columnas, y soportando los soldados con heroica paciencia aquellos crueles padecimientos, sin más alimento que galleta y un poco de aguardiente. Iba ya la cuarta y última columna á llegar á la cumbre del puerto, cuando otra tormenta le cerró el paso de nuevo, dispersando totalmente la media brigada 104.^a, y soportando á un centenar de hombres. Hallábase presente el general Macdonald; juntó á sus soldados, los alentó contra el peligro y contra los padecimientos, hizo abrir de nuevo con inauditos esfuerzos el camino obstruído por témpanos de hielo, y desembocó finalmente en la Valtelina con todo el resto de sus tropas.

Esta tentativa verdaderamente extraordinaria condujo al otro lado de la gran cordillera y á la entrada mis-

ma del Tirol italiano á la mayor parte del ejército de los Grisones. El general Macdonald, cumpliendo las órdenes que había recibido, no bien pasó el Splugen, trató de concertarse con Brune para dirigirse al nacimiento del Mincio y del Adige, y forzar de este modo toda la línea defensiva de los austriacos que se extendía de los Alpes al Adriático.

No quiso Brune desprenderse de una división entera para ayudar á Macdonald, pero consintió en destacar la división italiana de Lecchi, haciéndola subir desde el valle de la Chiesa hasta la Roca de Anfo.

Trató, pues, Macdonald, al subir la Valtelina, de atacar el monte Tonal que da entrada al Tirol y al valle del Adige; pero aunque la altura de este monte era menor que la del Splugen, el hielo estaba también amontonado en sus senderos y vertientes, y además el general Wukasowich había cubierto de trincheras sus principales accesos. El 22 y el 23 de diciembre intentó el general Vandamme el ataque á la cabeza de un cuerpo de granaderos, y le renovó muchas veces con heroico denuedo. Sus valientes soldados hicieron esfuerzos increíbles, pero inútiles; marchando muchas veces sobre el hielo, y recibiendo al descubierto un fuego mortífero, llegaron hasta las empalizadas de las trincheras, intentaron arrancarlas, mas no pudieron conseguirlo por estar helada la tierra. Era inútil obstinarse más, y se resolvió trasladarse al valle de Oglio, bajar por él hasta Pisogno, dirigirse al valle de Chiesa y atravesar de este modo los montes en una región menos alta y por senderos menos defendidos. Habiendo bajado hasta Pisogno, atravesó Macdonald los collados que le separaban del valle de Chiesa, se reunió con la brigada de Lecchi junto á la roca de Anfo, y se encontró libre de los obstáculos que le separaban del Tirol italiano y del Adige. Ya podía llegar á Trento antes que el general Wukasowich se hubiese retirado en las alturas del monte Tonal y tomado posición entre los austriacos que defendían en medio de los Alpes el nacimiento de los ríos y los que defendían su corriente inferior en las llanuras de Italia.

Brune, antes de traspasar el Mincio, había esperado á que Macdonald hubiese adelantado lo bastante para que los ataques fuesen casi simultáneos en los montes y en la llanura. De ciento veinticinco mil hombres repartidos por Italia tenía, como dejamos dicho, cien mil soldados útiles, experimentados y recobrados de sus padecimientos; además una artillería perfectamente organizada por el general Marmont y una caballería rozagante. Custodiaban unos veinte mil hombres el Piemonte, la Liguria, la Lombardia y la Toscana. Una escasa brigada mandada por el general Petitot observaba las tropas austriacas que, procedentes de Ferrara, amagaban á Bolonia; además la guardia nacional de esta última población estaba dispuesta á defenderse contra los austriacos. Los napolitanos atravesaban nuevamente los Estados romanos para hacer incursión en la Toscana; pero se dirigía á su encuentro Murat con los diez mil hombres del campo de Amiéns. Brune, después de guarnecer con tropas suficientes diversos puntos de Italia, podía llevar sobre el Mincio cerca de setenta mil soldados. El general Bonaparte, que conocía á palmos aquel teatro de operaciones, le encomendó muy especialmente que reconcentrase todo lo posible

sus tropas en la Italia superior; que no se cuidase de lo que pudieran intentar los austriacos hacia las orillas del Po, en las Legaciones y en la misma Toscana; que permaneciese firme, como en otro tiempo lo había hecho él mismo, en las gargantas de los Alpes; y le repetía sin cesar que, una vez derrotados los austriacos entre el Mincio y el Adige, esto es, en la línea por donde penetran en Italia, cuantos hubieran pasado el Po y entrado en la Italia central se hallarían en el más grande apuro.

Los austriacos, en efecto, aparentaron salir de Ferrara y amagar á Bolonia; pero supo contenerlos el general Petitot, y la guardia nacional de Bolonia mostró por su parte la actitud más enérgica.

Conformándose Brune con las instrucciones que había recibido se adelantó hasta el Mincio desde el 20 al 24 de diciembre (desde el 29 frimario al 3 nivoso), ocupó las posiciones que los austriacos habían defendido más acá del mismo río y tomó sus medidas para pasarle el 25 de madrugada. El general Delmás mandaba su vanguardia, Moncey su izquierda, Dupont su derecha y Michaud la reserva. Además de la caballería y artillería que llevaban las divisiones, había una reserva considerable de las mismas armas.

Describimos ya, refiriendo las primeras campañas del general Bonaparte, aquel teatro de tantos acontecimientos memorables; no obstante, es preciso volver á trazar ligeramente la configuración de aquellos lugares. El caudal de aguas procedente del Tirol entra en el Adriático por el Adige, de modo que este río viene á formar una línea de importancia inmensa. Pero antes de llegar á la línea del Adige se encuentra otra menos importante, que es la del Mincio. Viértense por su cauce, después de reunirse en el lago de Garda, todas las aguas de los valles laterales al del Tirol, y después de detenerse un poco en Mantua, á cuyos alrededores forma una especie de inundación, se precipitan rápidamente en el Po. Había que atravesar por consiguiente dos líneas: primero la del Mincio y después la del Adige; esta última, mucho más considerable é importante que aquélla. Era preciso atravesar una y otra, y si se conseguía hacerlo con la necesaria rapidez para reunirse con Macdonald, que marchaba sobre el Adige superior por la Roca de Anfo y Trento, era posible separar al ejército austriaco que defendía el Tirol del que defendía el Mincio y apoderarse del primero.

La línea del Mincio, cuya extensión es de siete ú ocho leguas á lo sumo, apoyándose por una parte en el lago de Garda y por la otra en Mantua, erizada de cañones y defendida por setenta mil austriacos á las órdenes del conde de Bellegarde, no era por cierto fácil de forzar. Tenía el enemigo en Borghetto y Vallegio un puente bien atrincherado que le permitía maniobrar en ambas orillas; el río no podía vadearse en aquella estación, y se había además aumentado su caudal, cerrando todos los canales por donde se desangraba.

Después de haber reunido sus columnas, tuvo Brune la singular idea de pasar el Mincio por dos puntos á la vez, Pozzolo y Mozzembano. El cauce del río formaba en estos dos puntos un contorno, cuya convexidad se dirigía hacia nosotros; además, la orilla derecha que ocupábamos, flanqueaba toda la orilla izquierda ocupada por los austriacos, de suerte que así en Mozzem-

bano como en Pozzolo se podían asestar contra la orilla enemiga fuegos altos y convergentes, protegiendo de este modo la operación del paso. Pero tanto en uno como en otro punto estaban los austriacos poderosamente establecidos detrás del Mincio, defendidos con sólidas trincheras y apoyados, ya sobre Mantua, ya sobre Peschiera. Así, pues, las ventajas y los inconvenientes del paso eran con corta diferencia los mismos en Pozzolo que en Mozzembano; pero una cosa debía decidir á Brune á preferir uno de estos dos puntos, cualquiera que fuese, reservándose el dirigir un falso amago contra el otro, á saber: que entre ambos puntos se alzaba la cabeza del puente de Borghetto actualmente ocupada por el enemigo, pues los austriacos podían desembocar por ella y acudir á desconcertar la operación del paso; por consiguiente era preciso verificar un paso solo, pero con todas las fuerzas reunidas.

Mas persistió Brune en su descabellado intento, tal vez para distraer la atención, y el 25 de diciembre tomó sus disposiciones para ejecutar un doble paso. Pero las dificultades que ocurrieron en el transporte, aumentadas por causa de la estación, impidieron que se hallase todo pronto en Mozzembano, donde se hallaba en persona con la mayor parte de sus tropas, y se difirió la operación para el día siguiente. Parece á primera vista que debió entonces darse contraorden para que se suspendiera también el otro paso; pero considerando Brune la tentativa hacia Pozzolo como una simple diversión, juzgó que podría ésta ser todavía más eficaz precediendo á la operación principal veinticuatro horas.

Dupont, que mandaba en Pozzolo, era un oficial lleno de ardimiento. Adelantóse el 25 de madrugada por la orilla del Mincio, coronó de artillería las alturas del molino de la Volta, que flanqueaban la orilla opuesta, echó un puente con gran celeridad, y á favor de una densa bruma consiguió transportar á la orilla derecha la división de Watrin. Entretanto Brune permanecía inmóvil con la izquierda y la reserva en Mozzembano; y el general Suchet, situado entre ambos con el centro, amagaba el puente austriaco de Borghetto. Se hallaba, pues, el general Dupont en la orilla izquierda con un solo cuerpo haciendo frente al ejército austriaco entero. El resultado era fácil de prever. El conde de Bellegarde dirigió aceleradamente sobre Pozzolo todas sus fuerzas reunidas; el general Dupont despachó aviso á Suchet, que tenía cercano, y al general en jefe del buen éxito de su paso y del peligro á que este mismo éxito le exponía. El general Suchet, á fuer de compañero de armas valiente y leal, acudió á socorrer á la división de Dupont; pero desamparando á Borgehito, envió á pedir á Brune que atendiese á la custodia de aquel desembocadero que quedaba abandonado con su movimiento hacia Pozzolo. Pero Brune, en vez de acudir con todas sus fuerzas al punto donde un accidente feliz é inesperado acababa de facilitar á su ejército el paso del Mincio, preocupado siempre por la idea de su operación del día siguiente sobre Mozzembano, no dejó su posición; aprobó el movimiento del general Suchet, encomendándole no obstante que no se internase demasiado por el otro lado del río y se contentó con enviar á la división de Boudet á cubrir el puente de Borghetto.

Pero el general Dupont, impaciente por lograr el fruto de su primera ventura, andaba ya enteramente

empeñado con el enemigo. Pasó el Mincio, tomó á Pozzolo, que está situado sobre la orilla izquierda, y transportó sucesivamente á la otra orilla á las divisiones de Watrin y Monier. Una de sus alas se apoyaba en Pozzolo, y la otra en el Mincio bajo el amparo de las altas baterías de la orilla derecha.

Encaminábanse los austriacos hacia aquella posición con todos sus refuerzos y precedidos por un tren numeroso de artillería. Felizmente nuestros cañones situados en Molino de la Volta barrían con sus fuegos la opuesta orilla y protegían á nuestros soldados con la superioridad de su colocación. Abalanzáronse los austriacos con furor contra las divisiones de Watrin y Monier; la 6.^a de ligeros, la 28.^a y la 40.^a de línea estuvieron á pique de quedar desbaratadas; pero resistieron con valor admirable todas las embestidas de la infantería y caballería austriacas reunidas. Entretanto la división de Monier, sorprendida en Pozzolo, fué repelida por una columna de granaderos, y en aquel mismo instante iba á verse arrojado al Mincio el cuerpo de Dupont, separado de su principal punto de apoyo. Pero llegaba por la otra orilla el general Suchet con la división de Gazán, y advirtiendo desde las alturas de Molino de la Volta el grave riesgo que corría su compañero Dupont, empeñado con diez mil hombres contra treinta mil, se apresuró á enviarle refuerzo. Contenido sin embargo por las órdenes de Brune, no se atrevió á enviarle la división entera de Gazán, y sólo mandó á la brigada de Clausel á la otra parte del río. No era suficiente este refuerzo, y Dupont iba irremisiblemente á ser derrotado, cuando el resto de la división de Gazán, que coronaba la orilla opuesta, desde donde podía hacer descargas de metralla y aun de fusil contra los austriacos, hizo llover sobre ellos un fuego mortífero que paralizó las maniobras. Las tropas de Dupont, recobrando aliento, volvieron á tomar la ofensiva é hicieron retroceder á los austriacos. Viendo el general Suchet aumentar el peligro por instantes, tomó el partido de enviar á la otra orilla la división entera de Gazán. Disputóse entonces con encarnizamiento la importante posición de Pozzolo; fué tomado este lugar hasta seis veces seguidas, perdido otras tantas, y á las nueve de la noche duraba aún el combate á la luz de la luna y con un frío intensísimo. Por último, quedaron los franceses dueños de la orilla izquierda, pero perdiendo lo más selecto de cuatro divisiones. Dejaron los austriacos entre muertos y heridos seis mil hombres en el campo de batalla, y casi otros tantos los franceses. Sin auxilio del general Suchet, el enemigo hubiera aniquilado nuestra ala derecha, pero cierto es que tampoco se atrevió á socorrer á Dupont con mayores fuerzas por no autorizarle para ello las órdenes del general en jefe; que si el general Bellegarde hubiera acudido allí con todo su ejército ó desembocado por el puente del Borghetto, mientras Brune permanecía inmóvil en Mozzembano, fácilmente hubiera causado un descalabro de consideración al centro y á la derecha del ejército francés.

Afortunadamente no fué así. Quedaba ya atravesado el Mincio por su punto, persistió Brune en su proyecto de pasarle al día siguiente 26 de diciembre por Mozzembano, exponiéndose nuevamente á correr los peligros de una operación de viva fuerza. Asestó cuarenta piezas en las alturas de Mozzembano, y favoreció por las

nieblas de la estación, logró echar allí un puente. Cansados los austriacos de la jornada precedente y poco temerosos de un nuevo paso del Mincio, opusieron menor resistencia que la víspera, y se dejaron quitar las posiciones que rodean á Sallionzo y á Vallegio.

Así desembocó el ejército entero al otro lado del Mincio, y reunidas sus divisiones emprendió su marcha hacia la línea segunda, que era la del Adige. La cabeza de puente de Borghetto debía caer naturalmente por el movimiento ofensivo de nuestras columnas; pero volvió á cometerse el yerro de sacrificar varios centenares de nuestros valientes soldados para la toma de un punto que no podía ofrecer ya resistencia; hicimos allí mil doscientos prisioneros. Quedaban los franceses vencedores, pero á costa de mucha sangre generosa, que seguramente hubieran economizado más los generales Bonaparte y Moreau; el mismo Lecourbe sabía atravesar con menos pérdida los ríos de la Alemania. Brune, después de forzado el Mincio, se encaminó hacia el Adige que hubiera debido atravesar inmediatamente, y no se halló dispuesto á verificar el paso hasta el día 31 de diciembre (10 nivoso). El 1.º de enero el general Delmás con la vanguardia atravesó felizmente el río en Bussolengo más arriba de Verona. El general Moncey se dirigió corriente arriba con la izquierda hasta Trento, mientras el resto del ejército marchaba corriente abajo para dar la vuelta á Verona.

Se hallaba en este momento el conde de Bellegarde en un trance apurado; parte de las tropas del Tirol mandadas por el general Laudón, se habían retirado delante de Macdonald, y se replegaban sobre Trento; el general Moncey con su cuerpo se encaminaba por su parte hacia el mismo punto, por la corriente arriba del Adige. El general Laudón, estrechado por las tropas de Macdonald y Moncey, no podía menos de sucumbir, á no ser que tuviese tiempo para ponerse en cobro en el valle del Brenta, que corriendo al otro lado del Adige, va á parar á Bassano, después de varios rodeos. Si Brune pasaba súbitamente el Adige, y repelía con ímpetu al conde de Bellegarde hasta más allá de Verona, hasta el mismo Bassano, podía anticiparse en este último punto al cuerpo del Tirol y apoderarse de él, cerrándole el desembocadero del Brenta.

Pero una acción poco leal del general Laudón y la lentitud de Brune, que hacen disculpable los rigores de aquella estación, libertaron al cuerpo del Tirol de aquel peligro.

Macdonald había en efecto llegado hasta Trento, mientras el cuerpo de Moncey se dirigía separadamente al mismo punto. Al verse el general Laudón encerrado por aquellos dos ejércitos, recurrió para libertarse á una mentira; anunció al general Moncey que acababa de firmarse en Alemania un armisticio común á todos los ejércitos; falsedad grosera, por cuanto el convenio firmado por Moreau en Stéyer sólo comprendía á las tropas que maniobraban en el Danubio. El general Moncey, noble y leal hasta el exceso, creyó en la palabra del general Laudón, y le abrió las salidas que conducen al valle del Brenta, haciendo que se reuniese con el conde de Bellegarde en las cercanías de Bassano.

Pero había cundido el rumor de los desastres de Alemania; el ejército austriaco, vencido en Italia, arrollado por una masa de noventa mil hombres después de la

reunión de las tropas de Macdonald y de Brune, no podía ya ofrecer resistencia. Propúsose un armisticio á Brune, el cual se apresuró á aceptarlo y le firmó en Trevisa el 16 de enero. Hubiérase dicho que le faltaba tiempo para descansar del trabajo de la guerra, pues se contentó con exigir la línea del Adige y las plazas de Ferrara, Peschiera y Portolegnago. Ni siquiera pensó en que le entregasen á Mantua, á pesar de que según las instrucciones que había recibido debía conquistarla y no detenerse sino en Isonzo. Era esta plaza la única que merecía alguna importancia, porque todas las demás tenían que rendirse por fuerza, y convenía sobre todo ocuparla para tener fundamento de reclamar en el congreso de Luneville que quedase por la república Cisalpina.

Mientras esto acontecía en la Italia superior, los napolitanos invadían la Toscana. El conde de Damas, que mandaba una fuerza de diez y seis mil hombres, ocho mil de entre ellos napolitanos, se había adelantado hasta Siena. El general Miollis, obligado á custodiar todos los puestos de la Toscana, no tenía más que tres mil quinientos hombres disponibles, italianos la mayor parte; sin embargo, marchó contra los napolitanos. Los valientes soldados de la división de Pino cerraron con la vanguardia del conde de Damas, la desbarataron, entraron á viva fuerza en Siena y pasaron á cuchillo á muchos insurgentes. El conde de Damas tuvo que replegarse, mientras Murat, avanzando con sus granaderos, iba á arrancarle la firma de un tercer armisticio.

Quedaba terminada en todas partes la campaña y asegurada la paz, habiéndonos favorecido por doquiera la fortuna. El ejército de Moreau, sostenido por el flanco con el de Augereau, había penetrado hasta las puertas de Viena; el de Brune, auxiliado por el de Macdonald, había atravesado el Mincio y el Adige, adelantándose hasta Trevisa; y aunque no hubiese arrojado completamente á los austriacos allende los Alpes, les había arrebatado suficiente territorio para suministrar al negociador francés en Luneville fuertes argumentos contra las pretensiones del Austria en Italia. Murat ahora se preparaba á subyugar del todo á la corte de Nápoles.

Grande y sincero fué el júbilo del primer cónsul, á quien suponían envidioso de las glorias de Moreau, al recibir la noticia de la batalla de Hohenlinden (1). Nada perdía de su valor á sus ojos esta victoria porque la hubiese ganado un rival suyo. Se juzgaba tan superior á todos sus compañeros de armas en gloria militar y en influjo político, que ninguno de ellos le hacía la menor sombra. Consagrado sin la menor reserva á la tarea de pacificar y de reorganizar la Francia, recibía con verdadera y profunda satisfacción las nuevas de todo acontecimiento que contribuyese á facilitar su obra, aún cuando sirviera para dar realce á los demás y aun á los mismos que habían de ser algún día sus rivales.

Lo único que desaprobó de aquella campaña fué la inútil efusión de sangre francesa que hubo en Pozzolo, y más que todo el gravísimo yerro de no haber exigido

(1) Mr. de Bourrienne dice que saltaba de gozo, y este historiador no es en verdad sospechoso, porque aunque lo debía todo á Napoleón, no parece tenerlo presente en sus *Memorias*.

la entrega de Mantua. Negóse á ratificar el convenio de Trevisa, y declaró que mandaría renovar las hostilidades si no se entregaba inmediatamente aquella plaza al ejército francés.

Estaban á la sazón José Bonaparte y Cobentzel en Luneville esperando el resultado de los acontecimientos de que eran teatro el Adige y el Danubio. Singular situación por cierto la de aquellos dos negociadores, tratando mientras se guerreaba, testigos en cierto modo del desafío de dos grandes naciones, y aguardando á cada instante la noticia, no precisamente de la muerte, sino de la prostración de uno de los dos contrarios. Mr. de Cobentzel desplegó en aquellas circunstancias una firmeza de carácter, que bien podría ofrecerse como ejemplo á los hombres llamados á servir á su patria en una situación desgraciada. No se dejó subyugar ni por la derrota de los austriacos en Hohenlinden, ni por el paso del Inn, del Salza, del Traun, etc. Respondía á todas estas noticias aquel digno diplomático, con calma imperturbable, que la cosa era sin duda desagradable, pero que el archiduque Carlos, recobrado de sus padecimientos, iba á presentarse á la cabeza de las levas extraordinarias de la Bohemia y de la Hungría; que conducía para socorrer á la capital veinticinco mil bohemios y setenta y cinco mil húngaros; y que si los franceses se internaban más, encontrarían una resistencia que no se esperaban. Fuera de esto, seguía insistiendo en todas las pretensiones del Austria, y especialmente en la de no tratar sin un plenipotenciario inglés, que con su presencia autorizase al menos las negociaciones positivas que pudieran establecerse entre las dos legaciones. Y aun llegaba á decir algunas veces que iba á retirarse á Francfort, y á desvanecer de ese modo las esperanzas de paz con que el primer cónsul traía entretenidos á los franceses; á cuya amenaza éste, que no solía andar con tergiversaciones cuando trataban de intimidarle, hizo contestar á Mr. de Cobentzel que si dejaba á Luneville, concluiría para siempre todo acodo, y se renovarían la guerra de exterminio hasta la completa destrucción de la monarquía austriaca.

Mientras ocurría aquella contienda diplomática, recibió Mr. de Cobentzel la noticia de la tregua de Stéyer, la orden del emperador para tratar á cualquiera costa, y además instancias poderosas y repetidas para que se extendiese á la Italia el armisticio ya concertado para la Alemania, puesto que muy poco se había adelantado si, después de contener á uno de los dos ejércitos franceses que marchaban sobre Viena, se dejaba al otro continuar marchando hacia el mismo punto por el Friul y la Carintia. Por lo tanto, Mr. de Cobentzel declaró el 31 de diciembre que estaba dispuesto á tratar sin el concurso de la Inglaterra, y que consentía en firmar preliminares de paz ó bien un tratado definitivo, según se eligiese; pero que antes de comprometerse definitivamente separándose de la Inglaterra, pedía que se firmase un armisticio común á Italia y Alemania, y que se entrase en explicaciones, al menos de una manera general, sobre las condiciones de la paz. Las condiciones que él por su parte proponía eran francamente: el Oglio como límite del Austria en Italia, las Legaciones y además la reposición de los duques de Módena y de Toscana en sus antiguos Estados.

Estas condiciones eran desmedidas é impertinentes;

no las hubiera admitido el primer cónsul antes de comenzar la campaña de invierno, mucho menos ahora después de tan completos triunfos.

Recordará el lector los preliminares del conde de Saint-Julién; era su base el tratado de Campo-Formio, con la única diferencia de que ciertas indemnizaciones prometidas al Austria por varios territorios de poca monta, se habían de sacar de Italia en vez de tomarlas en Alemania. Indicamos ya á su tiempo lo que esto significaba: el tratado de Campo-Formio asignaba el Adige por límite á la república Cisalpina y al Austria; permitiendo al Austria su resarcimiento en Italia, se le prometía en cierto modo el Mincio, por ejemplo, en vez del Adige como frontera, aunque nunca el territorio de las Legaciones, del cual pensaba el primer cónsul disponer de otra manera.

Tenía el primer cónsul sobre el particular sus ideas fijas. Quería que el Austria pagase el gasto de la campaña de invierno, que se contentase pura y simplemente con el Adige, y que renunciase á toda indemnización, ya fuese en Alemania ó ya en Italia por los pequeños territorios que había cedido en la ribera izquierda del Rhin. Por lo tocante á las Legaciones, su idea era reservarlas para utilizarlas en otras combinaciones. Hasta el presente habían éstas pertenecido á la república Cisalpina, y por lo tanto, proyectaba ó bien restituírselas ó bien destinarlas al engrandecimiento de la casa de Parma, estipulado en convenio por la corte de España; en este último caso hubiera entregado Parma á la república Cisalpina; la Toscana á la casa de Parma, lo cual era un aumento de mucha consideración, y las Legaciones al gran duque de Toscana. En cuanto al duque de Módena, ya el Austria había prometido por el tratado de Campo-Formio indemnizarle con el Brisgau de su ducado perdido; á ella tocaba cumplir su compromiso con este príncipe.

El primer cónsul deseaba otra cosa muy bien calculada, pero que era muy difícil aceptase el Austria; quería no ser reducido como después de la paz de Campo-Formio á celebrar un congreso con los príncipes del imperio, para obtener individualmente de cada uno de ellos el abandono formal de la orilla izquierda del Rhin á la Francia. Se acordaba del congreso de Rastadt, que terminó con el asesinato de nuestros plenipotenciarios; traía á la memoria lo dificultoso que había sido tratar con cada príncipe en particular, y convenir en un sistema de indemnizaciones que satisficiera á todos los que perdían territorio; pedía por consiguiente que el emperador firmase como jefe de la casa de Austria por lo tocante á su casa, y como emperador en lo concerniente al imperio; quería en una palabra obtener de un solo golpe el reconocimiento de nuestras conquistas, ya fuese de parte del Austria, ya de la confederación germánica.

Previno, pues, á su hermano José que anunciase á Mr. de Cobentzel como cosa definitivamente meditada las siguientes condiciones: La orilla izquierda del Rhin para la Francia. — El límite del Adige para el Austria y la república Cisalpina, sin abandonar las Legaciones. — Las Legaciones para el duque de Toscana. — La Toscana para el duque de Parma. — Parma para la república Cisalpina. — El Brisgau para el antiguo duque de Módena. — Y por último, la paz firmada por el emperador